

“LA ISLA DEL TERESO”

CAPITULO III

“LAS CHICAS DE PUNTA”

Ahora que sonaba *Peter Frampton* era el momento de jugársela. El *chetito* de Freddy se había rajado al baño a retocarse el jopo en el espejo por sexta vez en la noche y no creía que hubiera una oportunidad mejor. Tragó saliva e hizo ese gesto tan característico que ya era un *tic*: estiró el cuello y ladeó la mandíbula hacia la izquierda. Se incorporó dando un salto desde la baranda de madera, se volvió a alisar el pelo y subió los últimos escalones de mármol sacando pecho y trabando los hombros.

Ella estaba con Gaby tomándose el segundo *gintonic* de la noche como quién se toma una medicina. En realidad, desde hacía varios tragos que eso le sabía a agua sucia. “*El gin te vendrá bien*”, había dicho su prima Martita Altube. Llevaba toda la noche con un terrible dolor menstrual y si no fuera porque había arreglado con su amiga, le hubiera dado cualquier excusa a Freddy con tal de quedarse en casa. Esa noche, sábado 8 de Agosto en Canal 2, ponían la de *Steve McQueen* y *Ali McGraw* que tanto había alabado su profesora de Literatura.

Desde hacía semanas ella sabía que ya no era lo mismo. Las bromas ya no le hacían gracia y sus historias - antes divertidas - le sonaban ahora a verso cansino. Se aburría soberanamente. El jueves, en casa de Roberto, se había sorprendido identificando en silencio imperfecciones en aquella cara que antes le recordaba a “*una mezcla de Elvis y Camilo Sexto*”.

Gabriela le hablaba sin parar de la música de ese *disk jockey* nuevo que había llegado de Buenos Aires. Precedido de una fama inmerecida que, evidentemente, le quedaba grande. Porteño al fin.

“...y fijate cuándo viene a poner “*Baby, I love your way..*” - dijo Gaby agriando la cara - “... justo ahora que ya se fue la mitad de los chicos que me gustan”.

“Si, claro, pero todavía te queda la otra mitad”, bromeó ella burlonamente, arrancándole a su amiga una carcajada.

“Che, pero mirá... mirá quién viene ahí”, le dijo Gaby, señalando con el mentón al morochito engominado que se acercaba dedicándoles desde lejos una ensayada sonrisa *“Kolinos”*.

“Hola chicasss,...¿qué ttaaaaallll?, ¿Cómo la están pasandoooo?”, les gritó el galán cinco metros antes de llegar, estirando las comisuras hasta tocarse las orejas mientras hundía las manos en los bolsillos del *“Wrangler”* azul.

“Ah!, este.. ¡Hola!... ¿qué hacés?, Bien, bien... ¿y vos?, respondieron a la par las dos amigas, lanzándose una mirada cómplice e inquisidora.

“Bárbaro, diezzz puntossss... ¿un DUNHILL chicasss?”, les respondió estirando un paquete de cigarrillos. Y volvió a batir el récord mundial de sonrisa forzada.

“No, gracias: no fumamos.”, respondió Gaby por las dos, acentuando el *“zezeo”* habitual y correspondiéndole con una sonrisa incómoda.

“Hacen bien... es maliiiiísimo para la salud...”, volvió a reírse artificialmente el imitador de Arnaldo André y se quedó apoyado en la columna, agotado en apariencia el desembarco dialéctico.

Al borde de la incomodidad, el galán tragó saliva, aspiró una inmensa bocanada de aire y en voz altísima expiró:

“¡¡¡Qué temaso!!!.. Peter Frampton... ¿querés bailar?”.

El disparo a bocajarro tomó a ambas chicas desprevenidas. Este pesado les estaba dirigiendo una mirada que él creería seductora pero que en realidad emulaba la cara de dromedario estrábico del peor Travolta.

Gaby le pateo la pierna a su amiga. Ella reaccionó en un acto reflejo respondiendo: ***“Sí, claro... claro”***. y se dio cuenta de que estaba aceptando bailar con el pelmazo.

Sin más, *“Lord Cheseline”* la arrastró del brazo a la pista de baile.

Apenas alcanzó a ver como Gaby se tronchaba ocultando la risa tras el vaso de hielos derretidos. Las manos del galán se afirmaron sin sutiliza

alguna a sus caderas. Otra vez la impericia con las mujeres de los “caballeritos” del Liceo, pensó. Volvió a sentirse terriblemente incómoda. No supo porqué asoció el áspero OB con su compañero de baile. Le pareció oír que él le hablaba del tiempo que se conocían, de la amistad con su hermano y de alguna atracción. Ella hacía tiempo que había desconectado de esa voz engolada. Pensaba en la cara que pondría Freddy cuando volviera y los viera bailando justo “ese” lento. Con lo machista y ególatra que era...

Sucedió exactamente en el momento en que lo buscaba con la mirada detrás de la mesa del *disk jockey*. Su cara se cruzó con la del entusiasmado charlatán. No podía dar crédito: “**...cause your love...won't wait..**”, le estaba susurrando con cara de vaca degollada el pesadito. Notó que sus manos violaban los límites razonables de la espalda y un penetrante vaho le impregnó la nariz. Confundida y asqueada, descubrió a Freddy petrificado al lado de la barra mirándolos, completamente alucinado.

No supo bien si fue el insoportable aliento, el repentino borbotón que le empapó la ropa interior o el pánico a que su novio le montara el numerito de otras veces. Algo (o todo) la hizo reaccionar así. El empujón y el vómito fueron simultáneos. El golpe posterior no fue para tanto, ni responsabilidad enteramente suya: esa gente del *Jockey* siempre se empecinaba en embadurnar de cera aquella vieja tarima de madera.

Su *partenaire* resbaló – ciertamente que impelido por su empujón – y cayó aparatosamente al suelo. El vómito lo bañó antes de terminar de caer.

Ella atravesó el salón como un rayo en búsqueda del taxi salvador. Los gritos vindicativos de Freddy la siguieron de cerca. Sabía que no eran para ella sino *pour la gallerie*, pero eso la indignó aún más. Siempre le pudo que su novio estuviera (más) pendiente del *qué dirán*.

La gente amplió el círculo alrededor del caído. En cuestión de segundos, el murmullo dio paso al rumor y éste a la carcajada. Más atrás empezaba a tejerse la leyenda: La Plata siempre fue un pueblo de comadres.

El *disk jockey* paró la música, encendió la luz del salón y apuntó con los poderosos focos hacia el bailarín despechado, que, anclado al suelo, no reaccionaba.

Permaneció acostado de espalda, inmóvil, segundos que le parecieron horas. Se negaba a abrir los ojos con la esperanza de que todos se esfumaran del salón. Estaba empapado y hedía. Le dolía todo, pero le escocía el orgullo. “Todos” lo conocían (en ese pueblo, “Todos” se conocen). Creyó identificar entre el rumor las voces de Juan y Marcelo y entonces decidió abrir los ojos. Recién entonces sus compañeros lo ayudaron a levantarse y a salir rengueando (él exageró todo lo que pudo) hasta llegar a la galería, dónde le cedieron uno de esos codiciados sillones de mimbre.

Recién entonces los comentarios y la música continuaron.

Estuvo mirando el suelo, en silencio, un rato largo. Sus amigos no se animaban a decirle nada.

Cuando creyó que ya nadie más lo miraba, se incorporó y con un gesto amenazador sentenció:

“Me voy a casa. De esto, ni una palabra a nadie... al que me joda por este papelón, lo fulmino para siempre”.

Fue lo último que dijo esa noche a sus compañeros de la Isla. Y se marchó a casa a pie atravesando la noche de aquel húmedo invierno platense.

.....

Carlos esperó el taxi en la puerta de la discoteca. “Luz de gas”, volvió a leer. Tenía un dolor de cabeza que le partía las sienes. El taxi lo llevó por góticas calles desiertas rumbo al puerto de Barcelona. Pagó sin discutir las 85 Pesetas que le pidió el hombre que había dicho ser de Murcia (*¿Dónde quedaría eso?*, no se animó a preguntarle). Se bajó del taxi y decidió quedarse unos minutos contemplando la dársena.

Las luces de la ciudad condal aún se reflejaban en el Mediterráneo. La fragata se veía hermosa, toda iluminada y enarbolando el velamen de gala.

Encendió el último cigarrillo. Soplaba una brisa agradable que traía ese olor familiar que tanto le gustaba. La claridad incipiente sobre Levante auguraba un domingo fabuloso. Una pena que le tocara todo ese día de guardia. Y para colmo, había que alistarse para zarpar.

El día había sido redondo. El tour de la mañana por la ciudad, la visita al museo Dalí (Verónica se pondría envidiosa: le encantaba) y la comilona en ese club náutico dónde conoció a Nuria. Luego, el paseo con ella por el Tibidabo, el primer beso robado y todos los que siguieron hasta rematar la tarde en ese hotelito (*¡cómo pueden vivir estos gallegos sin telos!*) “matándose” hasta la hora de la cena. *¡Qué manera de engancharse la piba esta!. Cágate de risa de las “estrechas” porteñas.* Viva el destape español. ¿O sería su escasa y más que reciente experiencia?. En la cena no hubo más remedio que gastarse más de lo previsto: qué más después de la entrega de la *gallega*. El remate en la discoteca hubiera sido “la guinda” del día si no fuera porque ahí tuvo que decírselo. *¡¡De frente mar!!*, sin más vueltas. *¡Pero cómo son las minas!*. Que tuviera que zarpar el lunes no le importó tanto como enterarse lo de Verónica. *¿Qué se creía acaso? No lo iba a seguir hasta Buenos Aires, ¿no?*. Además ella no le había preguntado nada **antes** del Tibidabo. ¿Qué podía hacer?. Pasaron un día bárbaro y ya está: un gran recuerdo. Mejor así; sin fotos, sin direcciones, sin nada. Ni el apellido le preguntó. Eso, mejor así, cómo había sido en Río y en Marsella. Salvando las distancias, claro. Con la *garota* no pasó de una metida de mano y eso porque le negaron la entrada al sollado: había *overbooking* y él, liceano al fin de todo, era casi un invitado en la Fragata. La francesita terminó siendo una profesional. Dos lucas le cobró la reventada. Esta *gallega*, además de legal, era una estudiante universitaria y hasta parecía de buena familia. Incluso, en otra situación, se podría haber enganchado... pero mejor así. Además si “se dejó” a la primera, casi sin conocerlo, vaya uno a saber si no era otra profesional... aunque le dijera con ese acento que tanto marcaba las “l” que nunca se había comportado así, que lo hacía por que “*sus ojos azul añil le transmitían confianza*”.

“Vaya labia la de esta tía!!! - dijo en voz alta - “Mañana partiremos para Lisboa y... si te he visto...”.

Tiró la colilla al agua, apuró el paso y subió a los saltos por el portalón. Desapareció por la porta de la camareta de los “michis”. Ahora había que compartir las batallas con los camaradas.

Feliz, con la vida por delante, partió rumbo al futuro.

Ese futuro que estaba comenzando aquel **9 de Agosto de 1977**.

Carla nació en la exclusiva clínica “Teknon”, el día 2 de Mayo de 1978. Su abuelo, uno de los banqueros más importantes de Cataluña, corrió con todos los gastos. Creció feliz, fue a los mejores colegios privados de Barcelona y se educó dos años en Londres. Fue campeona nacional de vela – su gran pasión - en la categoría “Finn”. Es Doctora en Derecho y Licenciada en Sociología, profesora Titular de la *Universidad Oberta de Catalunya* y está considerada una excelente profesional. Está casada y acaba de ser madre de una hermosa niña de ocho meses: Gemma.

Gemma tiene unos enormes y confiables ojos azul añil.

Uno de sus abuelos lo ignora.

(To be continuous...)

Dr. G.

Para la PAC 2009